

LA TAZA DE ORO



UNA NOVELA SOBRE HENRY
MORGAN, EL BUCANERO MAS
FAMOSO DE LA HISTORIA

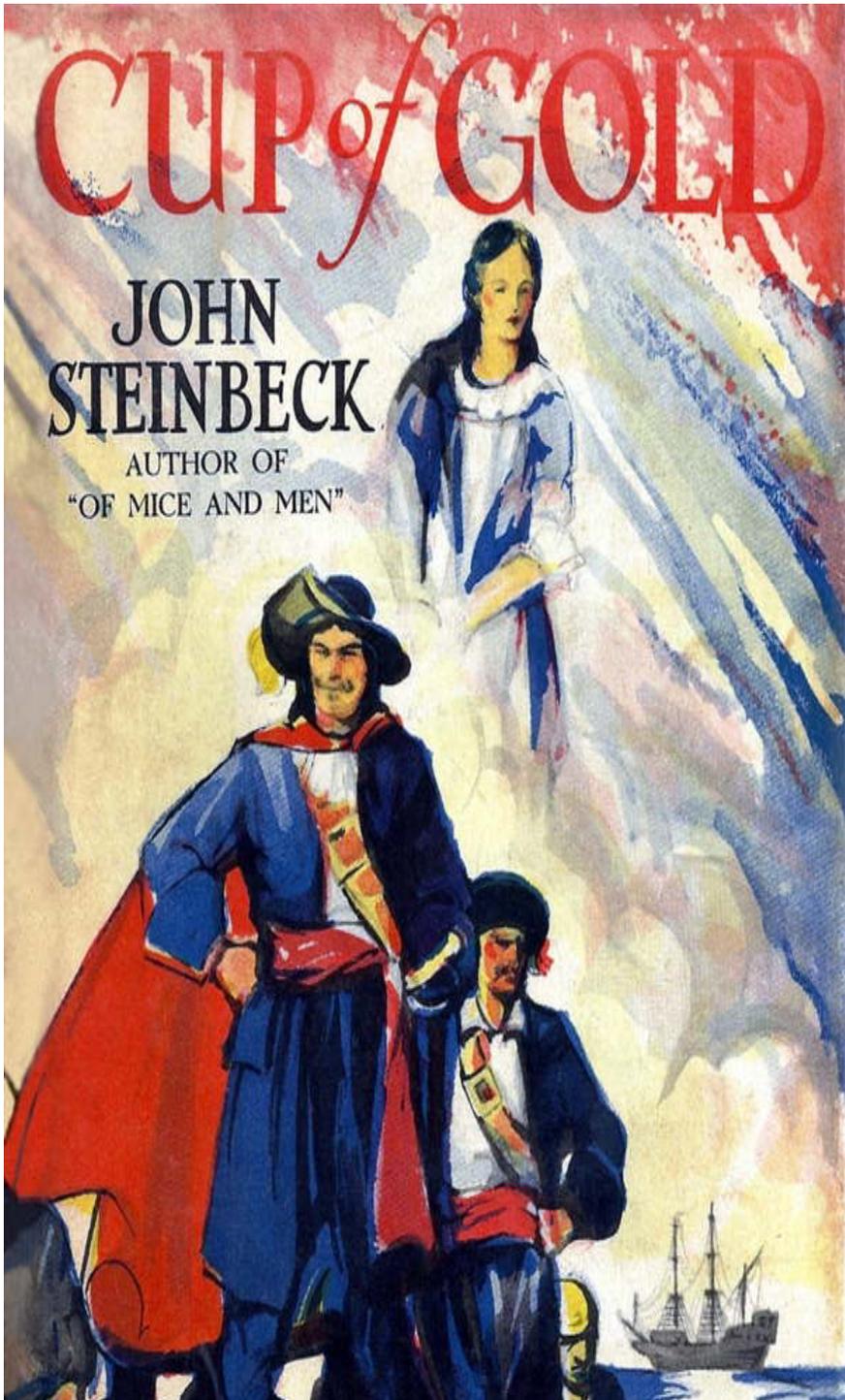
JOHN STEINBECK
PREMIO NOBEL

Henry Morgan (1635-1688) es uno de los piratas más famosos y controvertidos surgidos en una época extraordinaria, en la que la piratería era una actividad legal y patriótica que formaba parte de la guerra entre España e Inglaterra. Elegido almirante por los bucaneros en 1666, dirigió una expedición que destruyó Puerto Príncipe y Porto Bello, pero el Premio Nobel John Steinbeck se centra en la conquista de Panamá (la Taza de Oro), de donde Morgan se retiró con un abundante botín, para construir una apasionante novela histórica.



LA TAZA DE ORO

JOHN STEINBECK





Uno

I

El viento llevaba toda la tarde filtrándose por los pequeños valles galeses, anunciando al mundo la llegada del invierno desde el polo; y el río llevaba el leve plañido de hielo nuevo. Era un día triste, un día de lúgubre inquietud, de descontento. El suave viento parecía celebrar la pérdida de algo alegre con una tierna y delicada elegía. Pero en los pastizales, los grandes caballos de carga pateaban nerviosos y los pajarillos pardos volaban en grupos de cuatro o cinco gorjeando de árbol en árbol por todo el campo, buscando y llamando reclutas para el viaje hacia el sur. Algunas cabras se encaramaban en lo alto de los riscos y se quedaban largo rato mirando con sus ojos amarillos a lo alto, olfateando el aire.

La tarde transcurrió despacio, como una lenta procesión hacia la noche; y, siguiendo los pasos a la noche, se alzó un viento agitado que susurraba entre los pastos secos y volaba gimiendo por los campos. La noche cayó como un manto negro y el Santo Invierno envió su nuncio a Gales.

Junto a la carretera que delineaba el valle, seguía una hendidura entre las colinas y salía al mundo, se alzaba una

vieja casa de piedra y bálago. Los Morgan que la habían construido habían Apostado contra el tiempo y casi habían ganado.

Dentro, el fuego ardía en el hogar; una olla de hierro colgaba sobre las llamas y un horno de hierro negro se ocultaba en las ascuas que caían alrededor de las llamas.

La viva luz de las llamas relumbraba en las puntas de las largas lanzas de los armeros de las paredes; no se usaban desde hacía cien años, desde que Morgan vociferara entre las tropas de Glendower y temblara de furia ante las líneas inexpugnables de Iolo Goch.

Los enormes cierres metálicos de un arcón que había en una esquina, absorbían la luz y resplandecían esplendorosamente. El arcón contenía papeles y pergaminos y pieles sin curtir, escritos en latín y en inglés y en la antigua lengua cirílica: Morgan nació, Morgan se casó, Morgan nombrado caballero, Morgan ahorcado. Allí se guardaba la historia de la casa, vergonzante y gloriosa. Pero la familia era pequeña ahora y no era muy probable que añadieran al arcón más datos que la simple crónica: Morgan nació... y murió.

Allí estaba el viejo Robert, por ejemplo, sentado en su butaca de alto respaldo, contemplando sonriente el fuego. Era la suya una sonrisa de perplejidad y de extraño desafío pasivo. Se diría que se proponía avergonzar al destino responsable de su existencia riéndose de él. Consideraba a menudo cansinamente su existencia, asediada por las pequeñas frustraciones que la escarnecían como niños callejeros torturando a un tullido. Al viejo Robert le parecía extraño que él, que sabía mucho más que sus vecinos, que había meditado tan interminablemente, no fuera ni siquiera un buen labrador. Pensaba a veces que comprendía demasiadas cosas para hacer alguna vez bien alguna.

Y así, el viejo Robert bebía a sorbos la cerveza amarga de fabricación propia y sonreía al fuego. Sabía que su esposa estaría susurrando excusas por él y que los braceros de

los campos se quitaban el sombrero para saludar a Morgan, no a Robert.

Ni siquiera consideraban incompetente a su anciana madre Gwenliana que temblaba ahora allí a su lado junto al fuego como si el viento que soplaba alrededor de la casa le diera frío. En las chozas de los aparceros sentían por ella cierto temor y un gran respeto. Los días que se sentaba en el huerto a celebrar su sesión nigromántica veías siempre a algún campesino alto abrazando ruboroso el sombrero contra el pecho y escuchando la magia de Gwenliana. Hacía ya muchos años que practicaba la clarividencia y se enorgullecía de ello. Y aunque la familia sabía que sus profecías eran simples conjeturas cuya sagacidad iba disminuyendo con los años, la escuchaban con respeto y temor simulado y le pedían que les dijera dónde podían hallar los objetos perdidos. Y cuando después de sus místicos recitados las tijeras no aparecían bajo la segunda tabla del cobertizo, simulaban encontrarlas de todas formas; pues, despojada del ropaje del augurio, Gwenliana habría sido sólo una anciana menuda y arrugada próxima a la muerte.

Este juego de aplaudir a una bobalicona era una dura carga para las creencias de Madre Morgan. Era una afrenta a su carácter, pues ella era una persona que, al parecer, había venido a este mundo para fustigar la necedad. Y consideraba puras sandeces todo lo que no tenía una relación clara con la iglesia ni con el precio de las cosas.

El viejo Robert había amado a su esposa tan bien y durante tanto tiempo que podía juzgarla con dureza sin que el hacerlo influyese en su afecto. Cuando regresó a casa aquella tarde, despotricando indignada por el precio de un par de zapatos que, de todas formas, no había querido comprar, él había pensado: «Su vida es como un libro lleno de sucesos prodigiosos. Se exalta extraordinariamente a diario por unos botones o por la boda de un vecino. Creo que cuando se tope con la verdadera tragedia, la acumulación de minucias le impedirá verla. Quizá sea una suerte

para ella —se dijo; y luego—: No sé si le afectaría tanto la muerte del rey como la pérdida de uno de los cochinitos rojos de la marrana».

Madre Morgan estaba demasiado ocupada con el propio día para preocuparse por la necesidad de las abstracciones. Alguien tenía que ser práctico en la familia o volaría el tejado... ¿y qué se podía esperar de una pandilla de soñadores como Robert y Gwenliana y su hijo Henry? Amaba a su marido con una extraña mezcla de piedad y desdén nacida de sus flaquezas y de su bondad.

Adoraba al joven Henry, su hijo, aunque, por supuesto, no podía confiar en que tuviera la menor idea de lo que era beneficioso para él o bueno para su salud. Y todos en la familia amaban a Madre Morgan y la temían y procuraban no interponerse en su camino.

Les había dado de comer y encendido el candil. El desayuno estaba al fuego. Ahora buscaba algo que remendar, como si no lo remendara todo en cuanto se rompía. Y mientras lo buscaba, se detuvo y miró fijamente al joven Henry. Era el tipo de mirada dura y cariñosa que dice: «No sé si no se acatarrará ahí echado en el suelo». Y Henry se agitó, preguntándose qué habría olvidado hacer aquella tarde. Pero ella cogió en seguida un paño y se puso a limpiar el polvo y el chico se tranquilizó.

Estaba echado, apoyado en un codo, con la mirada fija, perdida en el fuego, concentrado en sus pensamientos. La larga tarde gris abriéndose paso hacia aquella noche misteriosa había despertado en él los intensos anhelos cuyas semillas habían sido plantadas meses atrás. Era el deseo de algo indefinible. Quizá aquella misma fuerza que le agitaba a él fuera la que reunía a los pájaros en grupos de exploración y hacía a los animales olfatear el aire buscando el olor del invierno.

Aquella noche el joven Henry comprendía que había vivido quince años tediosos sin hacer ni una sola cosa impor-

tante. Y que si su madre hubiera sabido lo que pensaba, habría dicho:

«Está creciendo».

Y que su padre habría ratificado las palabras de ella:

«Sí, está creciendo».

Pero ninguno de los dos habría entendido al otro.

Si observabas su rostro, el joven Henry se parecía a su padre y a su madre casi por igual. Tenía los pómulos altos y marcados, el mentón firme, el labio superior pequeño y delgado como su madre. Y también el labio inferior sensual y la nariz regular y los ojos soñadores, que eran rasgos del viejo Robert, así como el pelo tupido y fuerte aplastado en la cabeza en rizos como muelles negros. Pero mientras en el rostro de sir Robert había una indecisión absoluta, en el de Henry había una cuantía considerable de decisión siempre que pudiera encontrar algo respecto a lo cual decidir. Tres Morgan estaban ahora junto al fuego, Robert y Gwenliana y el joven Henry; el joven Henry parecía mirar más allá de las paredes, parecía... escrutar la noche en busca de espíritus.

Era una noche preternatural; uno de esos momentos en que pueden verse velas de ánimas brillando en el camino o en que te puedes tropezar con el espectro de una legión romana que camina a marchas forzadas a cobijarse en su ciudad de Caerleon antes de que descargue la tormenta. Y los pequeños seres deformes de las colinas debían de estar buscando madrigueras vacías de tejones donde guarecerse de la noche. El viento debía de perseguirlos gritando por los campos.

En la casa reinaba el silencio; sólo se oía el crepitar del fuego y el silbido del viento en el tejado. En la chimenea se abrió un leño y de la fisura se alzó una fina llama que se enroscó alrededor de la olla de hierro como una flor de fuego. Madre se acercó a la lumbre.

—Robert, nunca prestas atención al fuego. Tienes que escarbarlo de vez en cuando.

Era su método. Lo escarbaba cuando estaba muy vivo y cuando empezaba a apagarse atizaba enérgicamente las ascuas para que hiciera otra vez llama.

Se oyeron unas pisadas leves en el camino; quizá fuera el viento o esas cosas que caminan y que no se ven. Las pisadas se hicieron más fuertes; luego, se detuvieron a la puerta principal y se oyó una llamada tímida.

—¡Adelante! —gritó Robert.

La puerta se abrió despacio y, allí, recortado contra la oscuridad de la noche, apareció un hombre encorvado y débil, con unos ojos como llamitas tenues. Se quedó vacilante en el umbral; pero en seguida se decidió y entró en la casa, preguntando con una voz extraña y cascada:

—No sé si me reconocerás, Robert Morgan. ¿Me reconocerás después de haber pasado tanto tiempo fuera? —Las palabras eran una súplica.

Robert escrutó aquel rostro contraído.

—¿Te conozco? —dijo—. Creo que no... ¡Espera! ¿No serás Dafydd? ¿Nuestro mozo Dafydd, que se fue a la mar hace años?

En el rostro del caminante se dibujó una expresión de gran alivio. Quizá había estado sometiendo a Robert Morgan a una prueba delicada y terrible. Soltó una risilla.

—Dafydd, eso es; y rico... y helado —concluyó, con una tristeza como un dolor constante.

Dafydd era de un blanco grisáceo y correoso como cuero seco. Tenía la piel de la cara tensa y apagada, lo que hacía que pareciera cambiar de expresión con un esfuerzo consciente.

—Estoy helado, Robert —añadió, con aquella voz extraña, seca—. Parece que no podré volver a entrar en calor nunca. De todas formas, soy rico —añadió, como si esperara que lo uno compensara lo otro—. Me hice rico con ése al que llaman Pierre Le Grand.

El joven Henry, que se había levantado, exclamo:

—¿Dónde has estado, dime... dónde?

—¿Dónde? Bueno... estuve en las Indias, eso es, en las Indias; en Gonave y en Tortuga. Y en Jamaica y cazando ganado en los espesos bosques de la Española. En todos esos lugares estuve.

—Siéntate de una vez, Dafydd —le interrumpió Madre Morgan. Le hablaba como si nunca se hubiera marchado—. Prepararé en seguida algo caliente para beber. Fíjate cómo te devora Henry con los ojos, Dafydd. Como si estuviera deseando ir a las Indias también.

Para Madre Morgan, las palabras eran una necesidad grata.

Dafydd guardó silencio, aunque parecía contener las ganas de hablar. Madre Morgan seguía amedrentándole como cuando no era más que un mozo de la hacienda, un chaval de pelo blanquecino. El viejo Robert se daba cuenta de su turbación y Madre también parecía notarla, pues le puso una taza humeante en las manos y salió de la estancia.

La vieja Gwenliana estaba en su sitio junto al fuego, con la mente perdida en el futuro incierto. El mañana velaba sus ojos empañados. Tras su vaga superficie azul parecían amontonarse los sucesos y circunstancias del mundo. Estaba lejos de aquella habitación, en el tiempo puro, y en tiempo futuro.

El viejo Robert en cuanto vio cerrarse la puerta tras su esposa se acomodó girándose, como hacen los perros.

—Bueno, Dafydd —dijo, y clavó la mirada, sonriendo, en el fuego, mientras que Henry, arrodillándose en el suelo, contemplaba sobrecogido a aquel mortal que tenía en su palma mundos lejanos.

—Bien, Robert... es de la selva virgen de lo que quería hablar y de los indios morenos que la habitan y de ese hombre al que llaman Pierre Le Grand. Pero hay algo que se ha extinguido en mí como una pequeña luz parpadeante, Robert. Recuerdo que me tendía en la cubierta de los barcos por la noche y pensaba y pensaba y pensaba cómo hablaría y cómo me ufanaría cuando volviera al fin a casa...

y ahora parezco un niño que corre a casa a llorar. ¿Tiene sentido, Robert? ¿Tiene algún sentido? —Se inclinaba hacia delante angustiado—. Te contaré. Tomamos el barco alto que llaman galeón y eso que sólo llevábamos pistolas y los cuchillos largos que usan para abrirse paso en la selva. Éramos veinticuatro, sólo veinticuatro andrajosos; pero ay, Robert, hicimos cosas espantosas con aquellos cuchillos largos. No es bueno para un hombre que fue labrador de chico hacer esas cosas y pensar luego en lo que ha hecho. Había un capitán bueno... y le colgamos por los pulgares antes matarle. No sé por qué lo hicimos. Yo también ayudé, y no sé por qué. Alguien dijo que era un maldito papista; pero también lo era Pierre Le Grand, según creo.

»Tiramos a algunos al mar; los petos les brillaban y resplandecían al caer... grandes soldados españoles; les salían burbujas de la boca. Allí se ve el fondo del agua.

Se interrumpió y miró al suelo.

—Mira, no quiero molestarte con estas cosas, Robert, pero es como algo vivo que llevara en el pecho bajo las costillas, algo que muerde y araña para salir. Claro que soy rico, pero eso no siempre parece suficiente; quizá sea incluso más rico que tu hermano sir Edward.

Robert sonreía con los labios apretados. De vez en cuando, buscaba con la mirada al chico arrodillado en el suelo junto al fuego. Henry escuchaba tenso, atento; devoraba las palabras con avidez. Robert habló eludiendo la mirada de Dafydd.

—Tu alma te causa pesadumbre —le dijo—. Más vale que hables con el cura por la mañana... aunque no sé de qué.

—No, no; no es el alma, qué va —se apresuró a decir Dafydd—. El alma es lo primero que abandona al hombre en las Indias, dejando en su lugar una sensación de encogimiento y sequedad. No es el alma, qué va. Es el veneno que llevo dentro, en la sangre y en el cerebro. Y me está exprimiendo, Robert, como una vieja naranja. Los reptiles

que hay en aquellas tierras y los pequeños animales voladores que se acercan de noche a las fogatas y las enormes flores pálidas, todo venenoso. Y es espantoso lo que le hacen a un hombre. Noto la sangre como agujas heladas que me corrieran por las venas, con este buen fuego delante. Y es todo por la humedad de la selva. Allí no puedes dormir ni echarte, ni vivir, porque te echa el aliento y te consume.

»Y los indios morenos... en fin, ¡mira! —Se subió la manga y Robert le indicó con repugnancia que cubriera aquel horror blanco repugnante que le ulceraba el brazo.

—Fue sólo el roce de una flecha... casi ni se veía; pero acabará matándome antes de que pasen muchos años, supongo. Y tengo otras cosas, Robert. Hasta los humanos son allí venenosos; los marineros cantan una canción sobre eso.

El joven Henry dio un respingo, nervioso.

—Pero los indios —gritó—, esos indios y sus flechas. ¡Háblame de ellos! ¿Pelean mucho? ¿Qué aspecto tienen?

—¿Que si pelean? —dijo Dafydd—. Sí, luchan siempre; luchan por el placer de luchar, porque les gusta. Cuando no luchan con los hombres de España, se están matando entre ellos. Son ágiles como culebras y rápidos y silenciosos y oscuros como hurones; el mismo diablo para desaparecer antes de que un hombre pueda ni siquiera apuntarles.

»Pero son valientes, y fuertes, y sólo temen dos cosas: la esclavitud y los perros —Dafydd estaba completamente absorto en su historia—. En fin, chico, ¿a que no sabes lo que le hacían a un hombre que se dejara atrapar en una escaramuza? Le clavaban enormes espinas de la selva de pies a cabeza y en el extremo grueso de cada espina colocaban una borla de un material como la lana. Luego colocaban al pobre cautivo dentro de un círculo de salvajes desnudos que prendían fuego a las borlas. Y al indio que no cante mientras arde como una antorcha, le maldicen y le llaman cobarde. En fin, ¿crees que un blanco haría eso?

»Tienen miedo a los perros porque los españoles les cazan con enormes mastines cuando salen por esclavos para